

El legado hispánico como instrumento ideológico en Laureano Gómez.

Diego Julián Cediél Nova

Universidad de La Sabana – Bogotá, Colombia

Resumen.

El presente artículo analiza el peso ideológico de la hispanidad en el pensamiento político de Laureano Gómez. Para dicha comprensión, se recurre a diversos textos escritos por el político y pensador bogotano en los que sintetizaba su posición política sobre diversos temas nacionales y, que se veían atravesados por una valoración sobre la herencia española en Colombia y América. En la primera parte del texto se hará una semblanza de la figura de Laureano Gómez y su significado en la vida política nacional. En la segunda se estudiarán los elementos discursivos que sirven de soporte analítico de esa referencia ideológica, como algunos editoriales y conferencias, para concluir con que a pesar de su defensa a la herencia hispánica, en la obra de Laureano Gómez, ello no era justificación política para posturas partidistas y políticas cercanas al fascismo.

Palabras clave.

Hispanidad, conquista, colonia, imperio español, tradición, historia, pensamiento político, fascismo, Laureano Gómez.

El Hombre Tempestad, El Monstruo, El Basilisco.

La figura de Laureano Gómez en Colombia despierta odios y amores. Su presencia en el escenario político y partidista en siglo XX no puede pasar inadvertida. Sus defensores le han dedicado libros, elegías y remembranzas. También páginas, no pocas, han sido para rechazar o denunciar innumerables defectos en su actuación como líder conservador. Para el imaginario político nacional Laureano Gómez es un líder, el líder conservador y del partido conservador por antonomasia. Tal vez, en la historia política colombiana no haya un nombre que pueda asociarse con la contundencia y magnitud al Partido Conservador como el nombre de Laureano Gómez Castro¹. La fortaleza argumentativa, la rigidez conceptual y su férrea concepción de la tradición hacen de sus escritos una fuente predilecta para entender la estructura ideológica de su partido político, de la Colombia de su época y de los desafíos que definieron la política nacional en el siglo XX colombiano.

Se puede asegurar que Gómez era un intelectual ortodoxo. En sus textos y en su actividad pública se encuentran los pilares programáticos y prácticos de la “doctrina” conservadora. Enrique Gómez, su hijo, afirma que “el ideal que tomó como modelo existencial adquirió en su persona todo el rigor creativo, todo el encuadramiento moral para los cuales fue pensado. (...) De ahí brotó su descomunal poder político personal, o, mejor, su autoridad incontestada” (Gómez Enrique, p. XI). Con propósitos distintos, los contradictores políticos e ideológicos de Laureano Gómez convirtieron su figura en objeto de críticas feroces. Lo acusaban de ser el financiador de guerrillas conservadoras paramilitares para eliminar contendores liberales, de ser uno de los principales promotores de la violencia de mediados

¹ Laureano Eleuterio Gómez Castro nació el 20 de febrero de 1889 y murió el 13 de julio de 1965. Dolores Castro y José Laureano Gómez fueron sus padres. Estudió en el colegio Mayor de San Bartolomé, bajo la tutoría de la Compañía de Jesús y se graduó de Ingeniería Civil en la Universidad Nacional de Colombia. Se casó con María Hurtado Cajiao y tuvo cuatro hijos, entre ellos Álvaro Gómez Hurtado y Enrique Gómez Hurtado, ambos herederos de su liderazgo político en el conservatismo colombiano. Ejerció como ingeniero en Antioquia, donde encuentra la oportunidad para promover sus ideas políticas y estrenarse en la vida pública. Funda el periódico La Unidad y fue elegido diputado por Cundinamarca en 1911 y, como representante a la Cámara en 1916. En 1921, como uno de sus primeros combates políticos realizó el primer golpe de opinión nacional, promoviendo la renuncia de Marco Fidel Suárez, Presidente de la República y jefe del Partido Conservador. Luego, fue nombrado como embajador en Chile y Argentina. En 1925 dirigió el Ministerio de Obras Públicas, donde en medio de un debate en el Senado de la República impresionó por su capacidad oratoria granjeándose el respeto de sus copartidarios. Bajo el gobierno de Enrique Olaya Herrera fue embajador en Alemania, donde presencia el ascenso de Hitler. Fue senador para los períodos de 1931 a 1935 y de 1939 a 1945 siendo el más fuerte opositor de los dos gobiernos de Alfonso López Pumarejo. Así mismo, el mayor referente del Partido Conservador en las décadas de los 30 al 60. Logró la presidencia de Colombia en 1950, después de la muerte de Gaitán y ante la negativa del Partido Liberal a presentarse a dicha elección. En 1951, debido a su delicado estado de salud entrega el poder a Roberto Urdaneta Arbeláez. Y, en 1953, empujado por las circunstancias políticas enrarecidas, retornó al poder, siendo depuesto mediante un golpe militar por Gustavo Rojas Pinilla. Desde España, como refugiado Laureano Gómez pactó la paz con el Partido Liberal, en cabeza de Alberto Lleras Camargo creando el Frente Nacional.

del siglo XX en Colombia e incluso ser un camuflado partidario de Hitler, entre igual de corrosivos.

Ante este panorama, la dificultad de acercarse a la figura y pensamiento de Laureano Gómez radica en la tentación caer en la disputa político-ideológica que él mismo encarna. En sus escritos y discursos se registra el carácter recio y beligerante que lo acompañó siempre. La vida, la figura y el pensamiento de Laureano Gómez son una invitación permanente a tomar partido, a no marginarse de ninguna discusión, de ningún tema o situación que le interesara al político conservador.

Tampoco se podría escribir o entender a Laureano Gómez, sin comprender las circunstancias que rodearon su actividad política. El final del periodo de gobierno conocido como la *hegemonía conservadora* (1886 – 1930), la retoma del poder y fortalecimiento burocrático del Partido Liberal, el surgimiento de figuras políticas como Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos, la llegada del pensamiento comunista a América, la consolidación de los proyectos fascistas y nacionalsocialistas de Hitler y Mussolini, el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Civil Española, entre otros temas, son los eventos que no sólo determinaron la realidad en la que vivió Gómez, sino que son un catálogo de temas a los que dedica buena parte de su pensamiento. Esa actitud comprometida, le representó que en la historia política colombiana se asocie su nombre con los sobrenombres de *el monstruo*, *el basilisco* o *el hombre tempestad*. Su recio actuar le representó el del *basilisco*, su prosa y oratoria arrolladoras el del *hombre tempestad*, mientras que el de *monstruo* se le debe a su carácter intolerante con aquello que consideraba contrario a su estructura ideológica.

Sin embargo, había un tema al que le dedicaba especial atención: la valoración del legado hispánico en Colombia. Como conservador, de partido y de ideología, en Gómez la tradición era fundamental. Asegura en un editorial para su diario, *El Siglo* (1936), que “Colombia fue y continuará siéndolo un pueblo amante de sus tradiciones, fiel a las que contribuyeron a darle largos periodos de paz interna, progreso ordenado, crédito y prestigio en el exterior. En suma somos un pueblo fundamentalmente conservador y nacionalista”. (Gómez, 1936)

En el universo comprensivo de la hispanidad, del que Gómez era fiel exponente, la tradición es producto de la presencia del imperio español en razón a más de trescientos años de contacto con los valores occidentales. Gómez precisa que aunque con sus miserias y errores, la empresa colonizadora española supera en grado de complejidad a las demás iniciativas imperiales de las que se tenga registro. No es accesoria entonces, la reflexión, casi apologética que hace al apuntar que

Yo suscribo sin vacilación todos los fervidos elogios que la erudita pluma de Enrique Restrepo hizo del heroísmo español en la epopeya de la conquista. Ciertamente, como manifestación de valor indomable, de temerario arrojo, de sobrehumana constancia de ánimo, no hay acaso en la historia de la humanidad

ningún episodio que pueda compararse a la conquista española. Por la belleza estética del cuadro y la sugestión maravillosa de lo desconocido no la supera ni las guerras de las cruzadas, ni las expediciones de Alejandro, ni las tremendas luchas de Aquiles. Pero el historiador y el político no pueden limitarse a la contemplación y el elogio de los aspectos poemáticos de esa gigante empresa. En la balanza de la filosofía esos valores son apreciados; pero también lo son, en su rudeza, en su fealdad y su miseria aquellos otros que complementan el sentido histórico y humano de la empresa en conjunto, e individualización su carácter (Gómez, 1970, p. 20)

En el presente escrito, por lo tanto, se pretende reconstruir lo que la hispanidad significaba para Laureano Gómez. No sin antes afirmar, que al no existir un documento dedicado, con exclusividad al tema, la presente investigación reconstruye tal imagen en función de algunos de sus escritos en distintas fuentes, en diferentes años y variados propósitos.

Incógnitas sobre la esencia de Colombia

Laureano Gómez fue crítico del Partido Conservador al culminar el periodo de la *Hegemonía conservadora*. Como miembro de la Cámara de Representantes impulsó la renuncia de Marco Fidel Suarez, Presidente de la República y mayor líder de su partido en el momento. En 1928, Alfonso López Pumarejo invitó a Laureano, amigo y compañero de estudios a participar de un ciclo de conferencias en el Teatro Municipal de Bogotá, para que reflexionara sobre Colombia y las Obras Públicas.

Laureano Gómez comprendió que era una oportunidad para figurar con contundencia en el escenario público y aprovechando su capacidad oratoria, encuentra la estrategia para analizar sobre *Los interrogantes sobre el progreso de Colombia*. Se afirma en el libro Juan Gabriel Uribe que el diagnóstico emitido por Gómez pretendía ser

Definitivo, complejo, curioso, crítico y críptico, a veces escéptico, incluso, pesimista, o, en ocasiones, optimista; apreciaciones, todas, que provenían de su experiencia como periodista, ministro, diplomático y parlamentario, actividades que, pese a su corta edad para el cúmulo de oficios, le habían permitido tener una óptica nacional desde diversos focos y enfoques (Uribe, 1996, p. 79)

La conferencia de Gómez fue contundente, la amplitud y severidad de lo dicho y con la clara motivación de sumar adhesiones a su pensamiento, como también rechazos profundos a su postura, Álvaro Gómez precisa que

Lo que aquella tarde dijo fue duro. El efecto que se buscaba se consiguió plenamente. Ya todo el mundo, en la tímida, pequeña y pacata Bogotá de aquel tiempo, había sentido el impacto. Hubo reflexión, algo de desconcierto, mucho escándalo. ¿Todo eso era así, como se decía? ¿Y si era cierto, debía decirse? La audacia de describir las posibilidades reales del país no tenía antecedentes (Gómez Hurtado, 1970. Prólogo)

En el discurso, Laureano Gómez inicia la polémica con el hecho objetivo de que, si se obedece a la geografía, en la zona de diez grados al norte y diez al sur de la línea equinoccial, donde está Colombia no existe ninguna región que, a lo largo de la historia de

la humanidad, haya sido asiento de una verdadera cultura (Uribe, 1996, p. 80). Desmiente la sensación de que se tenía un país rico en recursos. Para él, a pesar de considerarse próspero, Colombia era un país infecundo por la carencia española de técnicas y ánimo para desarrollarlo, característica que fue el preludio de la independencia y el advenimiento del desgüeño republicano. Incluso, después de más de cien años de la independencia de España, el balance de nuestras circunstancias es devastador al señalar que

Visto desde la altura, el terciopelo verde oscuro se decora con tonos admirables de rojos y amarillos. Las ciénagas copian el azul de los cielos y las caprichosas figuras de las nubes. Maravilloso panorama para el aeronauta. Pero no para quien sabe que bajo aquel suntuoso y aterciopelado manto no hay nada útil para la vida humana, sino bejucos y maleza (Gómez, 1970, p.80)

A su particular visión de la situación climática, geográfica y topográfica, Gómez agrega unas líneas para la reflexión de etnología colombiana. Tanto en el discurso, como en otros escritos, en el material étnico no ve una característica definitiva, central. Como ocurre con la raza inglesa, determinada por la energía; o la francesa, resumida en la inteligencia; o la italiana, representante del sensualismo; o la alemana, cuna del abstraccionismo; o la española eminentemente mística (Uribe, 1996, p. 81).

Sin embargo, y más allá de los cuestionamientos que plantea Laureano Gómez, consideraba a la raza francesa como el resumen de la inteligencias, en otras y reiteradas apariciones históricas argumentaba que la decadencia española provino de la derrota de la Casa de Austria a manos de los borbones franceses, cuando los últimos obtuvieron el cetro hispánico. Laureano Gómez se refiere a la corona española bajo la casa Austria así:

El hecho magno del descubrimiento de América, realizado bajo el patrocinio de los Reyes Católicos, que dieron ocasión a la obra fecunda, sabia y justiciera de la gran Reina Isabel y a que se desplegaran las admirables dotes administrativas del Rey Fernando, coincidieron para formar la base de ese imperio gigantesco. Unamuno anota en alguna parte que la gran desgracia de España fue la muerte, en la plena juventud, del príncipe Juan, hijo de los Reyes Católicos. El príncipe murió de amor porque fue llevado al himeneo en la primera adolescencia, acaso por razones dinásticas y por prejuicios religiosos de costumbres. Entonces el imperio vino a caer en las sienes de Juana la Loca y del príncipe extranjero que fue su esposo muy amado con lo que el imperio hubo de soportar un golpe fortísimo en los primeros años de su existencia. Intervino el brazo robusto del Cardenal Cisneros como regente y luego apareció la extraordinaria figura de Carlos V pero que por su sangre germana y por los deberes y derechos a ella anejos, dispersó la atención y los deberes políticos de España por toda Europa, por todo el universo de la tierra. El imperio donde jamás se ponía el sol. No hubiera mediado esta circunstancia, la acción de España se habría consagrado más concretamente al mundo americano, que descubrió y pobló, sin tener que atender a los intereses de Alemania, de Italia y los Países Bajos. La figura del emperador fue colosal y en la guerra y en la administración y en el manejo de los hombres descollaron sus inmensos talentos (Gómez, 1960, p. 10).

Esta cita del prólogo que Gómez le hace al texto *El florero de Llorente* de Arturo Abella ilustra un punto relevante. A lo largo de los registros históricos colombianos, la figura de Laureano ha estado asociada al dogmatismo religioso y a la intolerancia intelectual. Pero como se aprecia, citar a Miguel de Unamuno es prueba de que esas acusaciones distan de

ser consistentes. Unamuno no era escritor defensor de la hispanidad como criterio esencial para entender a España ni a América. Es más, era un crítico mordaz de dicha perspectiva. Por lo tanto, Gómez citando a un autor que estaba más cerca del socialismo que del hispanismo esencialista, al menos es un registro de recursos a diversas fuentes.

Pero si se sigue con los postulados del propio Gómez, los austriacos en la corona de España supieron mantener, la esencia y forma del carácter místico del pueblo y el alma española, que al amasarse, dieron como resultado el estilo hispánico. Fruto de la sobriedad y austeridad austríacas. Lo que a su vez produjo una generación formada de y por navegantes, conquistadores, fundadores, guerreros, maestros, educadores, genios literarios, pintores sin par y arquitectos descomunales. Para precisar dicha idea, asegura Gómez que

No hubiera deseado para mi patria, dada la fatalidad de la conquista, que ella se hubiera acometido por ninguna nación distinta de España. Aún sin considerar el aspecto teológico, decisivo para quienes creemos, pero no susceptible de ser dilucidado para quienes creemos, pero nos trajo la religión más pura, la más lógica, la más armoniosa en sus dogmas y en su ejercicio. Nos dio una lengua caballeresca y admirable que no se puede usar ni oír sin admiración y sin placer (Gómez, 1970, p. 124).

Luego en 1936 durante la Guerra Civil en España, toma partido y se pronuncia a favor de los conservadores defensores de la monarquía, y sobre la tradición, dice:

De entre todas las antiguas colonias de la madre patria constituidas hoy en naciones independientes, es Colombia, antiguo virreinato de la Nueva Granada, la que conserva las más salientes analogías con España. Ello se debe indudablemente a que no han sido caudalosas las corrientes de inmigración que de otros pueblos y razas han afluído a nuestro país. En la medida de lo posible hemos sido celosos guardianes del idioma que recibimos de los conquistadores y en grado máximo del tesoro de la fe religiosa que nos entregaron como preciosa ofrenda (Gómez, 1936)

Gómez identifica que el dominio de la monarquía española, en manos de los borbones destruyó una tradición acunada por casi trescientos años. Como asegura, dilapidó la “*colosal empresa*”. Esa tendencia de percibir la realidad a través del artificio, producto de la inteligencia francesa, chocó con el misticismo español (Uribe, 1996, p. 83). Con los Borbón en el trono español se abrió campo al enciclopedismo, manera de pensar y ser distinta a la tradicional hispánica, que irrumpió con potencia e impulso en América. Se produjo así, por anticuado y equivocado, todo aquello que se consideraba español. La prevalencia de lo francés y anglo-sajón fue el resultado. Gómez describe así la ruptura de la tradición:

Los episodios de la guerra de sucesión, el advenimiento del rey francés nieto de Luis XIV, que determinó en la vida española un fenómeno de decadencia porque violentaba las costumbres y tradiciones del generoso pueblo español en todos los órdenes de las actividades humanas. Fue la época del “afrancesamiento” y de la entrada de la monarquía bajo influencia foránea (Gómez, 1960, p. 13).

De esta forma, Laureano Gómez sustenta su valoración positiva de la hispanidad, entendida como herencia. Es decir, como esencia de la forma de ser colombiana. Es pertinente que esta valoración del legado español era lo que, en la etapa posterior a la independencia de la Nueva Granada, los enemigos de la corona llamaban como “godo”. Una sentencia que resume ese espíritu con la herencia española es cuando firma que

Debió infundirnos, sin duda, las virtudes primordiales de su alma heroica y hazañosa, el acerado temple de su carácter, el afán de quimera nobilísimo, la sed de justicia y los elevados pensamientos que hicieron salir por los campos de Montiel a su gran figura representativa. Amo esa herencia y nunca renegar de ella podría (Gómez, 1970, p. 123).

El líder conservador tuvo bien desarrollado el apodo de “godo” dentro de su concepción intelectual, pero de una manera particular y lejana al sentido peyorativo que se le pretendió dar durante y después la independencia. Si lo “godo”, en Colombia, nació del adjetivo que se colgó a aquellos criollos que estaban a favor de la monarquía española en tiempos de la insurgencia republicana, Gómez siempre consideró esa monarquía decadente porque, con la influencia borbónica, se había llegada al más asfixiante absolutismo (Uribe, 1996, p. 84).

Para Gómez, con el fin de los Habsburgo en la corona española y la incursión de los Borbones con todo su estilo y formas francesas, los españoles y criollos, fueron presa del monarquismo absoluto, heredado de Luis XIV y el derroche de la corte que reñía con la sobriedad de Fernando e Isabel, Carlos V y Felipe II. Para Laureano, esta nueva forma de gobernar necesitó de una gran cantidad de gravámenes y recursos nuevos para su sostenimiento y manutención. Interpreta que la Ilustración se enfrentó y combatió a la tradición española en un intento de transformarla, para así poder afrancesarla. Insiste en que se modificó el sentido de lo heroico típico del pensamiento hispánico, por lo filosófico y adornado francés. Asegura que si se hace un “examen de la conciencia nacional que esa contemplación sugiere, el estudio de los factores raciales e ideológicos aportados por España es imprescindible y también lo es la crítica de las causalidades que produjeron, en tiempos pretéritos, resultados deplorables y conocidos”. (Gómez, 1970, p.124)

Entonces Gómez no era “godo” en la defensa de la monarquía borbónica, que no se cansó de tildar de decadente, y que se mereció la suerte en la independencia y la animadversión de la gente en sus colonias. Pero en efecto, en cada oportunidad defendió con rigor, todos los componentes de España que se perdieron con la toma del trono por los franceses, construida en casi tres siglos de historia. Según Laureano, aquella corona española sintonizada con la defensa de los desposeídos y oprimidos, practicada en el siglo XVI y parte del XVII por los españoles, cuando legaron a América los conceptos de justicia y solidaridad, extraviados cuando la reorientación monárquica cambió la inclinación.

Como consecuencia de ello, se eliminó la costumbre que soporta la base de las leyes y normas que habían tratado de garantizar la igualdad de los americanos con los europeos y se produjo las discriminaciones y la inequidad entre las razas. El trato a los súbditos

cambió, la teoría inicial de las “capitulaciones” que, a manera de cabildos, permitían un gobierno concertado y propiciaba la distribución de las riquezas, fue abolida (Uribe, 1996, p. 85). Las leyes de las Indias, que aseguraban un esquema de trato igualitario, no se aplicaron. La tributación se hizo excesiva e injusta. Todo ello producto de la insolvencia francesa para garantizar su absolutismo en Europa, pero sin resultado alguno. La decadencia y la pobreza ya estaban en el imperio. Así lo sugiere Gómez cuando expone que

Los americanos que viajaban al viejo continente se impresionaban del modo más amargo por la comparación entre el atraso, la ignorancia y la decadencia de Madrid comparada con otras cortes europeas, siendo así que, ninguna de ellas recibía tan cuantiosos tributos como los que América enviaba a la península. Esto los avergonzaba y deprimía (Gómez, 1960, p. 16).

Así es, entonces, como Laureano Gómez defiende la tradición heredada de España. Reconoce las virtudes insertas en la cultura colombiana, pero de la misma forma, reconoce la legitimidad de la independencia de la corona española, en manos de los Borbones. Identifica en los franceses, la imposición de una forma de ser y de pensar, distinta a la tradición hispánica.

El encuentro de culturas

El pensamiento de Laureano Gómez registrado en la conferencia del Teatro Municipal, resalta los aportes significativos que el imperio español hizo a América por su presencia en más de trescientos años de gobierno. No obstante afirma en el encuentro y mezcla de las culturas occidentales y nativa americana, un resultado favorable para España². Se podría pensar que la actitud contundente del líder conservador, defensor de la tradición hispánica no dedicara páginas para reconocer los excesos y desaciertos de la corona española en su ejercicio de colonizar y gobernar a América. La siguiente cita es elocuente al respecto.

El descubrimiento de América puso en presencia dos culturas: la grecolatina, que España poseía por su dilatado contacto con los pueblos mediterráneos que la formaron, fenicios, helenos, romanos, y la americana, que presenta dos ejemplares independientes en México y en el Perú. Desde luego, como cultura autóctona, en mucho más interesante la americana que la que España nos traía (Gómez, 1970, p. 125)

Se percibe que la supremacía de la cultura española sobre la americana, en el momento del choque, consistía en su uso experto de las armas. Señala que los nativos americanos habían desarrollado una civilización no despreciable, porque al sufrir el aislamiento, debían enfrentar esos avatares sin la comunicación fecunda con otras a su alrededor. En el caso español, por su ubicación geográfica, las migraciones y el contacto con otros pueblos le bastó para la vitalidad. La referencia de Gómez es que

² Es necesario mencionar que por la característica de los textos aquí utilizados, no se pueden establecer las fuentes bibliográficas de Laureano Gómez para determinar el rigor de los datos y cifras. En sus textos hay pocas menciones o referencias precisas acerca de la naturaleza de sus datos, con esto, impidiendo el rastreo o la confrontación de la información.

La civilización americana sucumbió ante el empuje de la occidental, porque ésta sabía aprovechar los navíos, los arcabuces y los caballos, en el orden material y guerrero, y porque en el terreno de la ideas disponía de la imprenta y de una escritura fonética muy perfeccionada. Pero hay muchos otros aspectos en que las dos civilizaciones se equiparan y algunos en que la americana supera a la española (Gómez, 1970, p.125).

No es necesario leer entre líneas para comprender que la exposición de Laureano no resalta la valía de la labor del imperio español en América, degradando la presencia y cultura de los indígenas en el continente. Resalta la producción agrícola, el avance matemático, el valor de la maternidad, la destreza en el tratamiento del oro y el detalle del lenguaje y en la capacidad de construcción material, como elementos casi que naturales de la hispanidad. En la obra de Laureano, reviven los aspectos negativos de las dos culturas. Reconoce que en las dos expresiones hay rasgos violentos indiscutidos. Excesos en las formas de gobernar y ejercer la autoridad. Señala Gómez:

Un aspecto profundamente desagradable de la cultura mexicana eran los sacrificios humanos a los ídolos, a los cuales se destinaban los prisioneros de guerra de los pueblos enemigos. La pirámide central del templo de México estaba ennegrecida por la sangre de tales sacrificios, y los compañeros de Cortés pudieron contar hasta ciento treinta y seis mil cráneos que se conservaban al lado del templo como recuerdo de tales ceremonias. (...) El sacrificio de los prisiones en México era un rito religioso presenciado por el pueblo. Los autos de fe en España eran una suntuosa fiesta social y religiosa a la que asistían el rey, la reina y los infantes, los prelados y las damas de la corte, y el pueblo entusiasmado, en estrados decorados con la mayor suntuosidad posible. (Gómez, 1970, p.128)

La valoración de la civilización precolombina es positiva, con ello, se puede ir desmontando los lugares comunes en los que oscila el juicio de su obra. Que van desde la hispanofilia hasta la aborigenofobia. En el discurso mencionado, reconoce al auditorio el nivel de desarrollo de los pueblos indígenas si se tiene en cuenta su aislamiento e incomunicabilidad. No sólo desde el punto de vista material sino también por la producción de esquemas de organización sociopolítica eficientes. Laureano asegura que

Los correos públicos, como en México, podían correr doscientas millas por día. Inútil es decir que nada semejante podía ofrecer España. En el Cuzco estaba la residencia imperial y el templo del sol, y contenía edificios admirables. Los peruanos estaban más adelantados que todos los pueblos europeos de la época de la conquista en materia de tolerancia religiosa. Su organización social era admirable. (Gómez, 1970, p.130)

Si queda duda de la justipreciación de los niveles culturales tanto de lo nativo como de lo español, Laureano Gómez defiende la idea de que la actitud violenta de España sobre los americanos desechó la oportunidad que conformar un imperio más poderoso y beneficioso para ambos. Insiste en que la ambición y la mala administración de los españoles de la riqueza material favorecieron a pueblos ajenos. Porque cual desafío epistemológico para las disciplinas científicas que en el momento de la enunciación de la conferencia, como la historia y la sociología, empezaba a reevaluar los discursos explicativos de la colonia y la conquista como procesos relevantes para la identificación social y política de la

Latinoamérica de esos días. Gómez señala que “nada hubiera sido tan importante para la filosofía como haber podido contemplar el desarrollo de estas dos civilizaciones al ponerse en contacto con la cultura grecolatina, si ese contacto hubiera sido gobernado por la razón” (Gómez, 1970, p.131).

La incapacidad de entender o comprender la utilidad y aporte de América al imperio causó desolación. Laureano Gómez identifica la hipocresía de los conquistadores para evangelizar. Y cómo la crueldad empleada explica la animadversión de los americanos frente a lo español. Con cierto tono crítico a sus posturas, Gómez precisa que “me haría interminable si reprodujese testimonios de los cronistas españoles que comprueban que el afán de la conquista fue principalmente la sed del oro y no la propagación de la fe, aunque ésta sirvió siempre de antifaz a la codicia” (Gómez, 1970, p.132).

No obstante, Laureano al precisar este ya manido aspecto intelectual de la conquista, resalta la diferencia de actitud entre el gobierno del imperio y los emisarios del mismo. Asegura que las leyes y normas expedidas por la Corona desde España, no se aplicaban. Y reconoce que distintos resultados pudo obtener América y la misma España, si el orden y la ley hubiesen imperado en el Nuevo Mundo. La corona no pudo proteger a sus nuevos súbditos americanos, de la ambición y crueldad de los españoles ya que

Contra la crueldad de la conquista suelen aducirse las sabias disposiciones de las leyes de Indias y los continuos instantes e imperativos mandados de los reyes. Ciertamente la tiranía de la conquista no puede imputarse al gobierno de España; las disposiciones escritas son ejemplares y hubieran sido salvadoras si se hubiesen obedecido. Los hechos de la conquista fueron muy diversos de lo que las leyes disponían. La devastación tuvo lugar, aunque era ilegal y estaba suficientemente prohibida. (Gómez, 1970, p.133)

En su discurso insiste en los escritos del obispo Bartolomé de Las Casas que denunciaban las crueles y despiadadas conductas con que se desaparecían poblaciones aborígenes enteras. Desmembramientos, degollamientos, hogueras colectivas, parrillas, etc. Vale la pena resaltar que Gómez hace mención a tres males que identifica producidos por la presencia y mezcla de las dos culturas. Quizá por su crudeza ilustrativa, quizá para probar su tesis.

El primer mal fue la destrucción de raíz de culturas autóctonas, que tenían tantos aspectos apreciables, y que gentes menos incultas hubieran podido hacer compatibles con la religión cristiana y con el imperio de los reyes españoles³. El segundo mal fue la sustitución de una organización social metódica, frugal y laboriosa, en que el trabajo útil era la norma universal de los súbditos, por una en que la sociedad se dividía en holgazanes y siervos. Y,

³ En este punto coincide con uno de los argumentos expuestos por su hijo, Álvaro Gómez Hurtado en el libro titulado *La revolución en América*. La tesis de Álvaro radica en que la interpretación de la llegada del español a suelo aborigen como cumplimiento de un hecho catastrófico y apocalíptico, solo puede tener sentido bajo las lógicas discursivas imperantes en la mentalidad del conquistador, que era milenarista, trentino y medieval.

el tercero era la importación de desconocidas epidemias que asolaron muchas comarcas destruyendo a la población nativa.

Aprendizajes de los errores del Imperio Español

Si bien los escritos y discursos de Laureano Gómez expresan la relevancia de las virtudes heredadas de España, también lo hace con la identificación de los desaciertos de la corona sobre sus dominios en América. Según el político bogotano, la historia del descubrimiento, la conquista del territorio y la construcción del gobierno imponen valiosas enseñanzas para asimilar el surgimiento de Colombia como nación.

Antes de los reyes católicos España no ocupa lugar saliente en el mundo. La incorporación de Navarra a la corona de España, según un pensador español, fue un capítulo de Maquiavelo. Cuando el gran historiador Guicciardini llegó a España como embajador de Florencia, preguntó el rey católico cómo los españoles, que hasta entonces habían hecho tan poco papel en el mundo, se habían convertido de súbito en la nación dominante. Y contestó el rey: “Es que los españoles tienen muy buenas cualidades para la paz y para la guerra; pero necesitan estar bien gobernados. (Gómez, 1970, p.137)

Se identifica en el ideario de Gómez, que España encuentra en América su mejor insumo para aparecer como *la* potencia política europea del siglo XVI. América es un botín de recursos para que España, a partir de allí, garantice su estabilidad y desarrollo, aunque las dificultades y la incapacidad de tan vasto imperio terminaran por convertirlo en un ejemplo de despilfarro y equivocación. Así mismo identifica que la abundancia de oro y riqueza vivida en el imperio, que no era producto del incremento de formas de producción fue la causa de la ruina de la nación. Ante la mala administración sentencia que España “no tenía que devolver el oro que sacaba de América. Lo llevó en abundancia excesiva y lo despilfarro creyéndolo inagotable. Los españoles buscaron y consiguieron el oro, no el adquirido con el trabajo en la industria y el comercio, sino el oro puro, en pepitas” (Gómez, 1970, p.139)

La interpretación de Gómez sobre los reales beneficios de las riquezas americanas se centra en que España era el puente por donde pasaba el oro y demás productos del Nuevo Mundo, pero los réditos estaban en Inglaterra y el resto de la Europa continental. En la conferencia se remarca que la enseñanza que se desprende de todo esto, para el territorio y riquezas presentes en Colombia, es que no hay vastos dominios territoriales, ni tesoros ingentes, ni muchedumbre de súbditos que resistan la acción delicuescente de los malos gobiernos.

La Guerra Civil Española y la oposición al Partido Liberal

El carácter público de Laureano Gómez estaba marcado por intransigencia con que trataba a sus contradictores. En el primer y segundo gobierno de Alfonso López Pumarejo fue recio opositor. Sus pronunciamientos como líder del Partido Conservador y, a la vez, codirector

del diario El Siglo, tenían la visibilidad suficiente para incomodar al gobierno y generar adhesiones a sus ideas.

Con el estallido de la Guerra Civil Española, entre bandos de conservadores defensores de la monarquía y liberales de izquierda republicanos, Laureano Gómez toma partido y, a su vez, sacar réditos políticos. Se define cuando en El Siglo escribe que

Los dolores de España, la vía crucis que recorre, no pueden sernos, no nos serán jamás indiferentes (...) Respaldar al ejército español para restablecer el orden en España. Cada victoria del ejército español repercute en nuestras almas alegremente nos entusiasma, nos fortalece (...) Un serio, definitivo revés nos llenará de amargura. Habríamos de sufrirlo como propias carnes, en nuestros propios corazones (Gómez, 1936)

En el segundo semestre en 1936, buena parte de las noticias internacionales y editoriales del mencionado diario, Gómez asociaba a las ideas republicanas de izquierda enemigas de la monarquía en España con el gobierno liberal de Alfonso López Pumarejo. Señala cómo la invasión del Marxismo en la península ibérica trae la pérdida de la tradición y celebra la virtud de las derechas conservadoras al defender los principios esenciales de la España que lo recibiría al momento de su exilio. Sugiere el líder conservador afrontar con valentía la incursión de las ideas extranjeras de izquierda en el país, con el propósito de defender, una vez más, las tradiciones en Colombia, que en él eran las tradiciones hispánicas.

Con lo anterior se aclara, que en ningún escrito o discurso conocido hay alguna propuesta por implantar un régimen monárquico en el país. Gómez reconoce como realidad inmodificable la república en Colombia. Y, mucho menos se perfila en sus obras una apología a los distintos fascismos que le acuñaron a su pluma. Los ejemplos sobran. Textos como el de Juan Carlos Ruiz, titulado *Leopardos y tempestades. Historia del fascismo en Colombia* y el de Ricardo Arias cuyo título es “*Los leopardos*”. *Una historia intelectual de los años 1920* y muchos otros, así lo sugieren. Aunque parezca que el presente artículo tiene un tono apologético de la figura del pensador conservador o revisionista sobre los devaneos fascistas de la élite política e intelectual de la Colombia del siglo XX, un artículo de Andrés Agudelo que lleva por nombre *Fragmentación discursiva en el partido conservador: Leopardos y Laureanistas* le da sentido y crédito a la siguiente cita del propio Laureano Gómez: “De España nos separa sólo profundos, casi instintivos sentimientos republicanos y democráticos.” (Gómez, 1936)

Bibliografía.

Agudelo, González, A. (2010) Fragmentación discursiva en el partido conservador: Leopardos y Laureanistas. *Política colombiana*, (Jul – Sep 2010), 91 - 107

Abella, A. (1960) *El florero de Llorente*. Bogotá: Antares.

Arias, R. (2007) *Los leopardos. Una historia intelectual de Colombia en los años 1920*. Bogotá: Universidad de Los Andes.

Gómez Castro, L. (1970) *Interrogantes sobre el progreso de Colombia*. Bogotá: Populibro.

Ruiz Vázquez. J. (2004) *Leopardos y Tempestades. Historia del fascismo en Colombia*. Bogotá: Universidad Javeriana de Colombia.

Uribe, J. (1996) *Una visión del siglo XX. De Laureano a Álvaro Gómez*. Bogotá: TM Editores.

El Siglo. Mirando a España. Bogotá, 1936.